

LA LECCION DE ITALIA

OTRA vez el aldabonazo de los «comunistas del sur». Las elecciones italianas llaman a la puerta del capitalismo europeo, que no encuentra su fórmula política mientras se le deterioran las fórmulas económicas; indeciso entre la busca de una postura común europea y la necesidad de obedecer a las órdenes de Estados Unidos. Las derechas europeas, el capitalismo europeo, en pleno acuerdo entonces con los Estados Unidos, habían encontrado la solución en las «democracias cristianas» (*). No han inventado otra cosa desde entonces. El dogmatismo, que apareció con una cierta originalidad —más que nada por el pintoresco estilo de hacer política de su fundador— era apenas una corrección de un desviacionismo hacia la derecha de la democracia cristiana francesa; era tan peculiar que sólo servía —cuando sirvió— para su país. Encontró quizá un trémulo eco en el ya anciano Adenauer, cristianodemócrata a la alemana que se reconocía en su costáneo —aproximadamente De Gaulle en un europeísmo de «grandeurs», en un culto a la Europa de las catedrales, las bibliotecas y los museos, en una Europa que iba de los castillos del Loira a los del Rhin... Más tarde, vinieron las socialdemocracias de los países del Norte, con su llamativo «modelo sueco» que tanto ilusiona desde el Sur pobre y anárquico. Un modelo finalmente también derechista, finalmente vacío de inventos. El llamamiento de la «imaginación al poder» que se hizo en mayo de 1968 apenas ha encontrado eco: a menos que queramos considerar como imaginativo a un Giscard por el hecho de haber regresado a los ritos civiles y al decoro ciudadano algunos de los fastos de la V República, y prometer unas reformas que son de forma más que de fondo; y jugar al balancín del bueno y el malo con su hombre de confianza, Poniatowski: Giscard que sonríe, Ponia que amenaza...

EL aldabonazo de Italia, tras el de Portugal —mientras el de Portugal, que está en busca de definiciones de su revolución, palpando vías y caminos, restañando impaciencias— es sonoro. No era imprevisto. Italia es una admirable ilustración de toda esta parálisis de la derecha europea que se muere la cola. La vieja democracia cristiana de Alcide de Gasperi sufre de esclerosis. Se ha quedado en una promesa del pasado. Quizá la democracia cristiana hizo más de lo que pudo dentro de la atadura de manos que la imponía la fuerza de su duro aliado de Estados Unidos. No repartió bien la riqueza, se dejó llevar por la eterna plaga de la corrupción y de los negocios; pero sí es cierto que creó la riqueza y supo recibirla de su aliado: se habló un tiempo del milagro italiano. Un milagro en claroscuro: siguió habiendo un Sur empobrecido, un Sur de emigrantes hacia el Norte y hacia Europa. Siguió creciendo y creciendo, dentro de la industria antigua y nueva —la nueva, a pesar de algunos patronos llamativos y modernos, como Agnelli, de la Fiat, dentro de sus moldes antiguos—, un proletariado descontento. El régimen cristianodemócrata, luego con su aliado socialista, creó unas estructuras nuevas en Italia: es cierto lo que ahora dice Fanfani, que se han realizado «mutaciones culturales, residenciales, profesionales y estructurales en Italia»; pero, curioso suceso, el propio régimen creador —o receptor de unas condiciones generales de revolución científico-técnica, de inversiones americanas, de mecanismos económicos europeos— no ha seguido él mismo esas mutaciones.

ESTE curioso suceso no es tan extraordinario como parece, aunque no por ello deja de ser paradójico. Sucede en los regímenes largos y dogmáticos. Puede verse en la URSS: la inmensa creación de un país que en menos de sesenta años de revolución se ha izado desde una edad media feudal a compartir con los Estados Unidos la hegemonía científica y técnica no ha variado en lo esencial su dogma político, a pesar del íntimo del XX Congreso. (No hay que ir tan lejos: en torno nuestro, en España, está pasando lo mismo: la resistencia a adaptar la política a la sociedad que se ha creado en torno a un régimen.) Fanfani viene a reconocer en Italia esta lección de ahora: son «las consecuencias negativas de una larga permanencia en el poder». Pero, al mismo



tiempo, se ve que no se ha enterado de nada. Ceguera terrible de los hombres del poder. No se ha enterado de nada cuando achaca el triunfo comunista en las elecciones de administración local a la «crítica corrosiva» de periódicos y libros (nunca se enterarán los políticos en el poder que prensa y edición no suelen ser vanguardias de movimientos sociales, sino consecuencias; siempre van a este bulto fácil de la crítica y, cuando pueden, caen en la tentación de la censura o de la represión para no ver, y que los demás no vean, el fenómeno de fondo; es su error funesto); cuando se queja de que las asociaciones y los sindicatos católicos no han apoyado a la DC (no se enteran de que el catolicismo obrero es exactamente obrero, y exprime la doctrina en el sentido de su clase) o cuando extiende esa crítica a una «parte del clero» que expresa «su oposición abiertamente» y una parte de la jerarquía cuya posición «reservada ha sido interpretada, con razón o sin ella, como una neutralidad agnóstica» (los izquierdistas, en cambio, se quejan de la abierta toma de posición por la democracia cristiana del «Osservatore Romano» y la «Domenica dell'Osservatore»). Se vuelve Fanfani contra los suyos: muchos católicos han cambiado de bando.

PERO, ¿no lo sabía ya, desde el referéndum sobre el divorcio? No; no debía saberlo. Asusta siempre esta ceguera de los políticos en ejercicio, capaces siempre de encontrar justificaciones raras y ocultas a los cambios del tiempo: conjuras, traiciones, abandonos, maldades, maniobras... Asusta esta ignorancia de la realidad de quienes tendrían como misión principal —y única, casi— de su acción administrar la realidad.

PERO el suceso se ha producido. «Italia ha cambiado», es la frase que más se repite en los editoriales y los titulares. Italia había cambiado tiempo atrás: Italia había estado cambiando diariamente mientras su gobierno no cambiaba. Lo que los políticos quizá no ven, lo ven los empresarios, los capitalistas. Agnelli: «El resultado electoral debe ser interpretado como una voluntad de cambio en el país, una mejora de la manera de gobernar a todos los niveles, en todos los partidos. Los industriales y los dirigentes están igualmente implicados en esta demanda. Es un desafío al que debemos responder todos».

COMO responde al desafío la democracia cristiana? No sale hasta ahora de una actitud atónita. Vuelve a intentar el gobierno «centrosinistra», la alianza con los socialistas. Todo consistirá en que la DC se incline realmente al centro, en lugar de seguir las inclinaciones de su ala derecha; y todo será que los socialistas acepten otra vez la alianza —o sigan en ella— explotando, sobre todo, su nuevo valor electoral y la amenaza de inclinarse hacia el partido comunista, que les llama: pide «la formación inmediata en las regiones, las provincias y las comunas de mayorías unitarias y populares fundadas sobre acuerdos amplios democráticos, sobre programas claros; un fuerte compromiso moralizador que favorezca y organice la participación permanente de los ciudadanos

(*) Ver páginas 36 a 39: «Italia: Gran paso a la izquierda», de Juan Aldeabáran.

La riqueza revolucionaria

Las revoluciones tienen —siempre— la necesidad de reflexionar sobre sí mismas. Una revolución, de cualquier signo y en cualquier país, es, sobre todo, un deseo de reinventar la sociedad y el mundo. Algunas hasta creen necesario cambiar de calendario, o de designación de las medidas de tiempo (como hizo la francesa, hasta que la fórmula se quedó precisamente en eso, en fórmula, y, por tanto, en caricatura de sí misma). Portugal no es, naturalmente, una excepción: es más bien un ejemplo, y las reflexiones sobre el alcance y los propósitos revolucionarios es casi una obsesión en sus dirigentes militares y políticos. Los ocho días que ha estado reunido en la base naval de Alfeite el Consejo de la Revolución —militar— es una de esas largas y difíciles reflexiones de la revolución sobre sí misma.

La idea de preservar el impulso y el proyecto revolucionario es también una de las cuestiones más arduas de las revoluciones. Trotsky proponía la idea de una revolución continua o permanente. En China se ha ensayado de alguna manera —la revolución cultural fue una parte importante en esos ensayos— la posibilidad de permanecer continuamente en revolución, sin dar tiempo ni ocasión a la esclerosis que, al cabo de un tiempo, suele afectar a todos los movimientos. La revolución soviética ha estado continuamente sometida a procesos de renovación, sobre todo, a partir de la muerte de Lenin, movimientos que han ido dejando al margen una serie de «reformistas», «revisiónistas», «desviacionistas» que han llegado a pagar con su vida todos los intentos de revolución dentro de la revolución.

Las revoluciones no suelen tener un propósito formal. Tienen unos ideales que pronto se revelan imposibles en su aspecto totalizador, y están, sobre todo, movidas por la intención de destruir un orden vigente que los revolucionarios consideran como injusto. Construyen, después, lo que pueden y como pueden. De la sociedad que cae en el momento revolucionario sólo se destruye, siempre, una parte muy pequeña: la forma del poder, los grupos que lo ejercen, la constitución o los principios básicos. Pero una sociedad en sí tiene unos pesos tremendos de organización, de mentalidad arraigada, de costumbres, que terminan mezclándose con el proceso revolucionario. Pesan, enormemente, las circunstancias exteriores. En la Rusia de 1917 se cruzaron dos revoluciones —menchevique y bolchevique—, y se sumaron los pesos de la guerra civil, el hambre, la presión exterior, el «cordón sanitario», los ejércitos expedicionarios extran-

jeros: todo ello dio una resultante determinada, como lo dio en Cuba el bloqueo de los Estados Unidos, la necesidad de acudir a la URSS, los intentos de subversión violenta por parte de los exiliados de Miami y de la CIA...

La revolución contemporánea con menor densidad de proyectos para el futuro ha sido la portuguesa. Se trataba, ante y sobre todo, de derribar al largo y nefasto régimen antiguo. Los jóvenes militares protagonistas han explicado claramente que en aquel momento no tenían ideologías concretas. Los partidos políticos tenían, en cambio, los programas permanentes de sus dogmas y creencias: si en algún momento habían entablado acciones comunes era por razones coyunturales. El abanico de la oposición iba desde una derecha moderada, de carácter liberal, hasta los comunismos extremos de los «izquierdistas» o «gauchistas». Cada uno, con su idea más o menos utópica de lo que podría ser Portugal el día en que el régimen fuese derribado: y sin que ninguna de esas utopías coincidiesen. En el momento del 25 de abril no había más programa único que el derribar al régimen e instaurar otro que fuera lo contrario: esto es, la democracia parlamentaria con todas sus libertades y con todos sus partidos. Todas las opiniones políticas y militares coincidían en ello: entre otras cosas, porque el pluripartidismo significaba para cada partido la posibilidad de existir. Así se sorprendió al mundo con la revolución florida, sin sangre y sin víctimas, con unas represiones escasísimas —apenas para unos cuantos torturadores— y con un rostro sonriente. Algo así como un 14 de abril de 1931 en España. Al cabo de los quince meses, algunos revolucionarios de entonces se interrogan acerca de si esto fue un error.

El general Otelo Saraiva de Carvalho, que tiene en sus manos una fuerza temible —el Copcon, o comando operacional del continente: una fuerza militar de orden que puede convertirse en policía política en algún momento de este proceso—, es de los que creen que pudo ser un error. Tiene la nostalgia de que una sangre derramada entonces hubiera podido adelantar en muchos años el proceso revolucionario, hubiera limitado las posibilidades del enemigo (es decir, de los regresivos, de los del antiguo régimen). Es una de las lamentaciones de muchos chilenos allendistas: si la revolución de su país se hubiese hecho con dureza, no habría sucedido la contrarrevolución más dura que haya conocido la historia del país. Saraiva de Carvalho ve como posible una contrarrevolución que sería implacable. «Esperemos que no tengamos que ▶

El alboroto de Italia tras el de Portugal es sonoro, pero en ningún caso imprevisto. Italia es una admirable ilustración de toda esa parálisis de la derecha europea que se muerde la cola. En la foto, manifestación de militantes del PCI frente al cuartel general del partido en Roma.

en la vida de las regiones y de las colectividades locales». Un llamamiento que va más allá del mero partido socialista y de las otras formaciones de la izquierda: concurre a la agrupación de «fuerzas democráticas», o sea, a la propia democracia cristiana. Es, una vez más, su llamamiento a la «alianza histórica». El PCI no busca un frente popular, que tendría todas las enemistades del mundo, todas las amenazas que una vez cayeron sobre Chile, que se esgrimen contra la izquierda unida francesa y que cercan a Portugal, sino una entrada en el gobierno con la DC y el PSI. Aspiración modesta, pero realista, por parte del partido que es el segundo del país, a unas décimas de porcentaje del primero, y que podrá ser el primero si la situación se inmoviliza. Y aspiración, sin embargo, difícil. ¿Qué haría la OTAN, qué haría Kissinger y qué Ford, si un segundo país de la alianza tuviera un ministro comunista? No: la democracia cristiana no podrá decidirse a esta alianza histórica, pese a una presión de su «ala izquierda»: la cual intenta ya defenestrar a Fanfani, tan culpable, tan rígido, y encaminarse por la línea de Rumor: más dúctil, más «italiano».

La «respuesta al desafío» parece ser la misma de siempre, la misma de los políticos eternamente deslumbrados por el fulgor del poder (el rayo no está en su mano, sino ellos en manos del rayo), que es la de incidir, la de abundar en los mismos errores que les han llevado a esta pequeña catástrofe. Rumor es quizá quien, dentro de los poderosos del partido, más claramente ha visto que, según su frase, «nadie puede ilusionarse y creer que todo continuará como si no hubiese sucedido nada».

BSERVEMOS, sin embargo, que el dictado del inmovilismo no es solamente nacional en Italia o en los países europeos en los que los poderes no advierten que están perdiendo su plasticidad política y que la repetición de sus dogmas en lugar del estudio y la adaptación a las situaciones nuevas no puede producir más que los mismos efectos negativos. Es una consigna imperial. Es una consecuencia del recrudescimiento de la política de guerra fría por parte de los Estados Unidos. No olvidemos que Ford y Kissinger hicieron un alto en Italia, en su reciente periplo europeo, con la idea de que su presencia y sus palabras de aliento podrían favorecer a los partidos de la derecha. Son otros que no se han enterado de su verdadera condición, y de que su espaldarazo, hoy, no hace más que perjudicar —desde el punto de vista de las mayorías de la opinión pública— a aquellos que lo reciben. Otros que no se han enterado de que la vieja línea imperiar ya no sirve en el mundo de hoy, y que deben hacer un mayor esfuerzo de imaginación para buscar fórmulas políticas nuevas.

ES un problema de la derecha internacional (o, por lo menos, del sector de los países de buen y medio desarrollo) que no sabe cómo resolver, a pesar de las iluminaciones de algunos de sus prohombres que, finalmente, no reciben más que denuestos de los suyos. ■